

no daban fruto bastante á satisfacer la voracidad de los gorriones de la comarca; una era que jamás vió juntas cien fanegas de grano: hé aquí todo lo que, diseminado en caprichoso desorden en un claro del bosque, componía el lugar á que debemos llegar en la tercera jornada de esta historia.

Mas, como no tenemos gran priesa, acortemos un poco el paso, y haremos el viaje en compañía de dos zagalas que, en sendas pollinas, vienen la vereda adelante, seguidas de un jayán que, con sus oportunos varazos, amengua y disimula la natural inclinación de los animales al sosegado caminar.

La que primero marcha, que al verla Cervantes la comparara á su Galatea, pues de sus rubios cabellos *el mismo sol parecía tener envidia*, es hermosa en todo extremo; pero no á la manera que lo son las mujeres de su clase, para quienes no se hicieron la blancura y transparencia del cutis, los lábios coralinos y las manos de azucena. La saya, de finísima bayeta morada, que en anchos pliegues bajaba desde su cintura hasta el nacimiento de la pierna mejor hecha que pudiera delinear el lápiz más acostumbrado á copiar las estatuas griegas, dejaba descubierto un zapato de brillante cuero con gigantescas hebillas de plata; el corpiño, de terciopelo negro con galones de oro en las costuras y graciosas haldetas alrededor del talle, se atrevía apenas á cubrir su pecho, encomendando esta envidiable tarea á una camisa blanca como la nieve, bordada de negro, que se cerraba en el cuello por medio de dos botones de oro afiligranado; una especie de caperuza, también de terciopelo y galoneada, con sus doce botones ó *apóstoles*, como dicen las gentes del país, cubría la cabeza de la gentil zagala, cuyos cabellos, partidos en dos trenzas sobre las sienes, se unían después en una, donde, tejida aquella madeja de oro con una cinta azul, daba contento á la vista, ondulando libre á merced de la brisa matinal. Una alma virgen hablaba en su dulce mirar el lenguaje de los ángeles; la alegría del justo tenía sus mejillas de un color rosado como la esperanza; y cuando los inseguros y torpes pasos de su cabalgadura, ó las imprudencias del viento, cambiaban las rosas en amapolas, parecía Diana sorprendida en el baño por Acteón. La segunda zagala, no ménos ricamente vestida que la primera, tenía, al parecer, bastante más edad. En su rostro brillaba la última flor de la belleza, ese adiós á la juventud, desgarrador y tierno á la vez, que con frecuencia engendra las pasiones mas vehementes y ciegas de la vida. El espolista, criado ó lo que fuese, no merece que de él hagamos particular pintura: baste con decir que estaba

vaciado en la gran turquesa de los entes vulgares, la cual está siempre en movimiento, como que de ella salen las cuatro quintas partes de la humanidad.

Trasponiendo un repecho nuestros viajeros, llegaron á descubrir el lugarillo de que ya hemos hablado; y, no bien lo hubo advertido el patán apaleador de juementos, se apoderó del ronzal del que más cerca de sí tenía, y dijo:

—Sus mercedes están en el sitio convenido: conque, de aquí á allá, la Magdalena las gufe.

La zagala más joven exclamó al punto:

—¡Si falta, cuando menos, media legua!

—¿No ve su merced el lugar?

—Sí.

—Y, ¿qué es lo que me dijo esta buena señora, así Dios le dé salud, cuando nos ajustó á mis burros y á mí?

—Pero...

—«Antón,» me dijo; «¿quieres venir conmigo á...?»

«Aunque me dieras tu merced para un buey de oro,» contesté; «porque no es de cristianos tentar á Dios. Mujer tengo, hijos crío, salud gozo, y no quiero meterme en libros de caballerías para salir luego con las manos en la cabeza, que donde menos se piensa salta la liebre.»

—Mas tú me prometiste,—objetó la otra labradora,—traernos hasta cerca de ese pueblo infeliz...

—¡Hasta verle! ¡Canasto! Ni más ni menos. ¿O quiere su merced que me deje coger de las viruelas *malinas* que van á echar al hoyo á todos los vecinos de ese lugar? De aquí no paso, ni mis bestias tampoco, así me desollasen vivo.

—Vamos, Antón; acompáñanos hasta las primeras casas y doblo la paga.

—Señora: cuando digo que no...

Descabalaron ambas mujeres con el auxilio del testarudo labriego, y midieron con la vista la distancia que quedaba por andar.

—¿Que hacemos, Teresa?—preguntó la de más edad.

—Lo que gustéis, querida tía.

—Por mí pasaría adelante; pero tú eres mas delicada...

—¡Oh! ya veréis, ya veréis como voy y vuelvo sin el menor cansancio. La caridad me prestará sus alas.

Y, como si este milagro se hubiera obrado en el momento, comenzó á correr por la tortuosa vereda.

Los pájaros cantaban al verla pasar tan hermosa, creyendo que antes de acabarse el otoño la primavera era llegada.

Pero de pronto se detuvo, porque acababa de oír la detonación de una arma de fuego, que dejó sus miem-



Corzos, por Specht

bros sin acción. Un segundo después se agitó la maleza con un ruido extraño, crujieron los jarales como si por el hacha de un leñador fuesen cortados, y un terrible jabalí, con las cerdas erizadas, los ojos brotando sangre, los temidos colmillos descubiertos en

toda su longitud, moviendo la cabeza á uno y otro lado para abrirse paso, saltó al camino.

Sabido es que el jabalí rara vez acomete, pero destroza todo lo que encuentra en su huida como otros tantos obstáculos que se oponen á su conservación.